

DENUEDO!

Griego: *parrhēsia* = libertad o franqueza de expresión, franqueza, confianza y audacia, especialmente al hablar (Traducción de Trabajo de Walter Cummins) ¡SIN MIEDO! (Yo)

JUAN 20:19 Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros.

Su Señor y Salvador acababa de serles arrebatado, crucificado y asesinado. Estaban angustiados. Tenían miedo. Vivían lo contrario de la valentía. Y de repente, esto era él. Jesús, de pie en medio de ellos. Qué consuelo debió haberles dado. Pero eso no fue lo que les quitó el miedo.

Cuando llegó el día de Pentecostés, su transformación fue total. Ya no estaban angustiados, ya no tenían miedo, ya no se escondían tras puertas cerradas. Tenían poder y lo sabían. Lean el tercer capítulo de los Hechos y vean con qué valentía Pedro proclamó la Palabra al pueblo ese día.

Hechos 3:1-26

Pedro y Juan subieron juntos al templo a la hora de oración, la hora novena. Y llevaban a un hombre cojo de nacimiento, a quien ponían cada día a la puerta del templo llamado la Hermosa, para pedir limosna a los que entraban. Este, al ver a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les pidió limosna. Pedro, fijando la mirada en él y Juan, dijo: «Míranos». Y les prestó atención, esperando recibir algo de ellos. Entonces Pedro dijo: «No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda». Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó; e inmediatamente sus pies y tobillos cobraron fuerza. Y saltando, se puso de pie, anduvo y entró con ellos en el templo, andando, saltando y alabando a Dios. Y todo el pueblo lo vio andar y alabar a Dios. Y supieron que era él quien se sentaba a pedir limosna a la puerta Hermosa del templo, y quedaron llenos de asombro y admiración por lo que le había sucedido. Y mientras el cojo que había sido sanado sujetaba a Pedro y a Juan, todo el pueblo concurrió a ellos en el pórtico llamado de Salomón, profundamente asombrado.

Al verlo, Pedro respondió al pueblo: «Israelitas, ¿por qué se maravillan de esto? ¿O por qué nos miran con tanta insistencia, como si por nuestro propio poder o santidad hubiéramos hecho andar a este hombre? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien ustedes entregaron y negaron en presencia de Pilato, cuando este estaba decidido a dejarlo ir. Pero ustedes negaron al Santo y al Justo, y pidieron que se les diera un asesino; y mataron al Autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos; de lo cual nosotros somos testigos. Y su nombre, mediante la fe en su nombre, ha fortalecido a este hombre, a quien ustedes ven y conocen; sí, la fe que es por él le ha dado esta perfecta sanidad en presencia de todos ustedes. Y ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo hicieron, como también lo hicieron sus gobernantes.» Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer.

Arrepiéntanse, pues, y conviértanse, para que sus pecados sean borrados cuando lleguen los tiempos de refrigerio de la presencia del Señor. Él enviará a Jesucristo, el cual les fue predicado previamente, a quien el cielo debe recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de la cual habló Dios por boca de sus santos profetas desde tiempos antiguos. Porque Moisés dijo a los padres: «El Señor su Dios les levantará un profeta de entre sus hermanos, como yo; a él escucharán en todo lo que les diga». Y sucederá que toda alma que no escuche a ese profeta será exterminada del pueblo. Sí, y todos los profetas desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han predicho estos días. Ustedes son los hijos de los profetas y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: «Y en tu

descendencia serán benditas todas las familias de la tierra». A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad.

Pedro ya no se esconde tras puertas cerradas por miedo a los judíos, ¿verdad? No tiene miedo ni es tímido. No, está entre la gente, haciendo milagros, sanando, hablando con valentía y testificando de nuestro Señor Jesucristo.

Hechos 4:1-13

Mientras hablaban al pueblo, los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos se les echaron encima, entristecidos porque enseñaban al pueblo y predicaban por medio de Jesús la resurrección de entre los muertos. Les echaron mano y los pusieron en prisión hasta el día siguiente, pues ya estaba atardeciendo. Sin embargo, muchos de los que oyeron la palabra creyeron; y el número de los hombres era de unos cinco mil.

Y aconteció al día siguiente que sus gobernantes, ancianos y escribas, el sumo sacerdote Anás, Caifás, Juan, Alejandro y todos los descendientes del sumo sacerdote, se reunieron en Jerusalén. Y cuando los pusieron en medio, preguntaron: «¿Con qué poder, o en qué nombre, habéis hecho esto?». Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: «Gobernantes del pueblo y ancianos de Israel, si hoy se nos interroga acerca del bien realizado al hombre enfermo, cómo fue sanado, que sepáis todos vosotros y todo el pueblo de Israel que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos, por él este hombre está aquí ante vosotros sano. Esta es la piedra que vosotros, los constructores, desechasteis, y que se ha convertido en la cabeza del ángulo». Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.

Entonces, cuando vieron el **denuedo** de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaron, y les reconocieron que habían estado con Jesús.

Miren ese **Denuedo**. Esta es la palabra griega *parrhēsia*. Es el primer uso de esa palabra en el Nuevo Testamento, lo cual es significativo. Un gran cambio con respecto a solo unos días antes, cuando se escondían tras puertas cerradas. Pedro no temblaba de miedo. No se contenía. Les contó las cosas tal como eran. Incluso los líderes religiosos —los gobernantes, los ancianos, los escribas, e incluso el sumo sacerdote Anás— se maravillaron de la audacia de Pedro y Juan.

Hechos 4:14-33

Y al ver al hombre que había sido sanado, de pie con ellos, no pudieron decir nada en contra. Pero cuando les ordenaron que salieran del concilio, deliberaron entre ellos, diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres? Porque ciertamente un milagro notable ha sido realizado por ellos, es manifiesto a todos los habitantes de Jerusalén, y no podemos negarlo». Pero para que no se extendiera más entre el pueblo, amenazémoslos severamente para que de ahora en adelante no hablen a nadie en este nombre. Los llamaron y les ordenaron que no hablaran ni enseñaran en absoluto en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan respondieron y les dijeron: «Juzguen ustedes si es justo ante los ojos de Dios obedecerlos a ustedes antes que a Dios. Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído». Así que, tras amenazarlos de nuevo, los dejaron ir, sin encontrar cómo castigarlos, a causa del pueblo, pues todos glorificaban a Dios por lo sucedido. Porque el hombre en quien se había realizado este milagro de sanidad, tenía más de cuarenta años.

Y liberados, fueron a los suyos y relataron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Al oír esto, alzaron unánimes la voz a Dios y dijeron: «Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. ¿Quién, por boca de tu siervo David, dijiste: «¿Por qué se enfurecen las naciones y el pueblo concibe cosas vanas?». Los reyes de la tierra se alzaron, y los gobernantes se unieron contra el Señor y contra su Cristo. Porque en verdad, contra tu santo hijo Jesús,

a quien ungiste, se unieron Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían determinado de antemano que se hiciera. Y ahora, Señor, contempla sus amenazas y concede a tus siervos que con todo **denuedo** proclamen tu palabra, extendiendo tu mano para sanar. y que se hagan señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús.

Y cuando hubieron orado, el lugar donde estaban reunidos tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaron la palabra de Dios con **valentía**. Y la multitud de los que creyeron era de un solo corazón y una sola alma; ninguno decía ser suyo propio de lo que poseía, sino que lo tenían todo en común. Y con gran poder los apóstoles dieron testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia fue sobre todos ellos.

Entonces, ¿qué hicieron Pedro y Juan cuando los soltaron? Corrieron tan rápido y tan lejos como pudieron. ¡No! ¡Oraron por más Denuedo! Fue el denuedo lo que los metió en problemas en primer lugar, y aun así, pidieron más denuedo. Y se volvieron más valientes. Ocurrieron señales, milagros y prodigios. La gente sanó y se convirtió al Señor. La Iglesia creció poderosamente y prevaleció. Porque tuvieron la valentía de hablar y actuar.

Me gustaría ver algunos otros usos de esta palabra griega *parrhēsia*:

EFESIOS 3:8-13

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia: predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y hacer que todos vean cuál es la comunión del misterio que desde el principio del mundo ha estado escondido en Dios, quien creó todas las cosas por medio de Jesucristo; para que ahora la multiforme sabiduría de Dios sea dada a conocer por la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que se propuso en Cristo Jesús, nuestro Señor, en quien tenemos **seguridad** y acceso con confianza por la fe en él. Por tanto, deseo que no desmayen ante mis tribulaciones por ustedes, que es su gloria.

Aquí, en español se utiliza la palabra *seguridad*, pero en griego *parrhēsia* (Denuedo).

Tenemos acceso a Dios, nuestro Padre. Podemos acercarnos a él con valentía gracias a lo que obró en Cristo. Al igual que la valentía que Pedro y Juan mostraron en sus palabras y acciones en el libro de los Hechos, podemos acercarnos a nuestro Padre, Dios.

HEBREOS 10:16-22

Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en sus mentes; y no me acordaré más de sus pecados e iniquidades. Ahora bien, donde hay remisión de estos, no hay más ofrenda por el pecado.

Así que, hermanos, teniendo **libertad** para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura.

Aquí, en español se utiliza la palabra *libertad*, pero en griego *parrhēsia* (Denuedo).

Dios dice que no recordará más nuestros pecados e iniquidades. No debemos dudar ni sentir miedo, culpa ni indignidad. Podemos acercarnos a Dios con valentía gracias a lo que Jesucristo logró por nosotros.

Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos **confianza** , para que en su venida no nos avergoncemos de él.

Aquí, en español se utiliza la palabra *confianza* , pero en griego *parrhēsia* (Denuedo).

Al regreso de Cristo y nuestra reunión con él, podremos tener confianza y seguridad en su presencia. No vergüenza ni culpa.

1 JUAN 3:18-22

Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto sabemos que somos de la verdad y aseguraremos nuestros corazones ante él. Porque si nuestro corazón nos reprende, Dios es mayor que nuestro corazón y lo sabe todo. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, entonces tenemos **confianza** en Dios. Y todo lo que pidamos lo recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada.

Aquí, en español se utiliza la palabra *confianza* , pero en griego *parrhēsia* (Denuedo).

¿Recuerdan que Dios dijo que no recordaría más nuestros pecados e iniquidades? Él perdonará y olvidará. Si podemos recordarlo, aceptarlo y creerlo, nuestro corazón no nos condenará y tendremos la confianza y la valentía para acudir a Dios y pedirle conforme a su Palabra, con la esperanza de recibir lo que pidamos. Recuerden Romanos 8:1. Por lo tanto, ya no hay condenación. Ninguna. Ni siquiera un poquito. Solo confianza y Denuedo.

1 JUAN 4:12-17

Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros, y su amor se perfecciona en nosotros. En esto conocemos que moramos en él, y él en nosotros, porque nos ha dado de su Espíritu. Y hemos visto y testificamos que el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios mora en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. Dios es amor; y quien mora en amor, mora en Dios, y Dios en él.

En esto se perfecciona el amor, para que tengamos **confianza** en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo.

Aquí, en español se utiliza la palabra *confianza* , pero en griego *parrhēsia* (Denuedo).

Podemos tener valentía en el día del juicio porque Dios nos ve justos, rectos, santos e irrepreensibles. Porque somos un hombre nuevo, una mujer nueva. Somos hombres y mujeres espirituales con Cristo en nosotros. Nuestro Padre es el creador de los cielos y la tierra. Y podemos estar con Denuedo en su presencia, podemos caminar por este mundo con valentía proclamando su bondad y manifestando su poder.

Dios nos ha hecho sus hijos. Sus hijos e hijas. ¡Eso nos hace personas especiales! Podemos permanecer con ese denuedo en su presencia. Podemos proclamar con valentía su Palabra en este mundo. Podemos realizar con valentía señales, prodigios y milagros en este tiempo. ¡Somos verdaderamente lo mejor de Dios!